
Capítulo XII.

Donde parecen los perdidos.

Escogió Alonso de Ojeda á cuarenta soldados de los más aguerridos, y partió al romper el alba en busca de Diego Marquez y los suyos.

Llevaba municiones bastantes para poder disparar los arcabuces ciento cincuenta veces, y tanto para amedrentar á los habitantes de la isla como para intimidar á sus compañeros que se acercaban, dispuso Ojeda que de tiempo en tiempo disparase cada cual su arcabuz.

Por otra parte los trompeteros que llevaban tocaban las señales convenidas, sin que por desgracia descubrieran el menor indicio del paradero de sus hermanos.

Solo el éco respondía á su llamamiento.

A pesar del afán que tenía Ojeda por recorrer toda la isla y registrar hasta sus más pequeños pliegues, le asustaba la idea de perderse, lo cuál no era difícil, porque los bosques formaban un verdadero laberinto y la vejetacion era tan igual que no habia medio de conocer cuál era la senda que debia tomar para volver á la playa.

De cuando en cuando habia grupos de chozas todas abandonadas.

Para un hombre del carácter de Ojeda, la situacion en que se encontraba ofrecia un interés inmenso á sus ojos.

En efecto, estaba en un país más rico, más espléndido, más bello que los que tantas veces habian recreado su vista en la Bética bajo el dominio de los españoles.

Por un instante pensó que conquistar con sus cuarenta hombres aquella isla, someter á la esclavitud á los naturales del país, llegar á ser dueño de aquel inmenso verjel, era un triunfo envidiable, y ya estuvo á punto de comunicar su idea á los que le acompañaban.

Pero aquello era una desercion, y no sentaba bien á su hidalguía cometerla.

Prosiguió, pues, su camino llevando la desolacion y el espanto á los moradores de la isla, que al oír los disparos, al escuchar el sonido de las trompetas, huían despavoridos á refugiarse en los pliegues de las montañas, en las cuevas, creyendo que habia llegado su última hora.

Tenian motivos para suponerlo

Algunos años antes, entre sus prisioneros de guerra habian llevado á la isla los caribes un butio, al que habian destinado al sacrificio.

Antes de morir el anciano les anunció que llegaria para ellos la hora del castigo.

—Un dia,—exclamó,—saldreis, como acostumbrais, á asolar los paises próximos al vuestro; vuestras mujeres y vuestros hijos se quedarán guardando la casa, pero llegará el Dios de la venganza y cogiéndolos desprevenidos, y á vosotros ausentes, los degollará á todos y cuando volvais encontrareis las paredes bañadas con su sangre y sus mutilados miembros esparcidos por la tierra.

Estas palabras estremecieron á los caribes y excitaron más su ira.

No volvian una sola vez de sus correrías sin el temor de ver convertida en realidad la profecía del butio.

En aquellos momentos, como he indicado ya, los caribes estaban fuera.

Solo sus esposas, sus hijos y sus prisioneros habitaban la isla.

Al ver acercarse las embarcaciones de Colon, recordaron la profecía del butio.

Al oir los disparos y el sonido de su trompeta no dudaron que habia llegado para ellos el juicio final, y despavoridos dejaron en libertad á los prisioneros, que corrieron á ocultarse en lo más intrincado de las selvas, en las concavidades de las montañas.

Gracias á esto no solo Ojeda y sus cuarenta hombres, sino el mismo Diego Marquez con los suyos, pudieron vagar libremente por toda la isla sin encontrar obstáculo ni resistencia alguna.

Unicamente los esclavos y los niños prisioneros acudieron á ellos implorando auxilio, porque no dudaban que si era cierto que iban á cumplirse la profecía del butio les prestarian amparo, y confiados se acercaban á ellos, dándoles á entender con sus demostraciones que sus enemigos huian amedrentados.

El aroma que exhalaban los árboles hacia creer á los españoles que en ellos se criaban las especias más ricas y más buscadas de Europa.

Por otra parte llamaban su atencion y cautivaban su vista los millares de pájaros de distintos y brillantes colores que sobre las ramas de los árboles producian sonidos desconocidos, ó cruzaban por el espacio en bandas inmensas.

La isla era tan abundante en aguas, que Ojeda en su camino tuvo que vadear veintiseis rios, ó por lo ménos brazos de rios.

Despues de pasar todo el dia registrando las selvas, llegaron al pié de las montañas y haciendo resonar en ellas las señales convenidas, regresaron Ojeda y sus cuarenta hombres con algunos esclavos, pero sin esperanza de encontrar á sus compañeros.

Ya no habia duda; habian sido víctimas de los canibales.

Colon dispuso que al dia siguiente muy temprano estuviesen todos preparados para continuar la marcha.

El cañonazo de leva iba á dispararse cuando vieron algunos marineros aparecer en la playa á Diego Marquez y á sus compañeros.

Su aparicion fué saludada con gritos de alegría. Pero tuvieron necesidad de esperarles algun tiempo, porque apenas podian andar.

Sus rostros, macilentos y lívidos, demostraban las penalidades que habian sufrido en aquellos dias de ausencia.

La vista de las embarcaciones les reanimó algun tanto y les dió fuerzas para llegar hasta la orilla, en donde les aguardaba un bote que les condujo á bordo de la *Marigalante*.

Estaban muertos de hambre y se les dieron algunos alimentos.

Repuesto algun tanto Diego Marquez, fué interrogado por Colon.

El almirante, que habia sentido su desaparicion, que habia creido en lo más íntimo de su alma no volver á verle, comprendió, sin embargo, que Marquez y los suyos habian sido víctimas de aquellas contrariedades por no haber acatado sus preceptos, y tenia que mostrarse severo con los desobedientes.

Diego Marquez le refirió que siguiendo á unos indios que á su llegada corrieron precipitadamente, con el afan de alcanzarlos olvidó el camino que habia seguido, y al volver se halló con sus compañeros en medio de una intrincada selva, cuya salida no encontraron por más que hicieron.

Allí les cogió la noche y aguardaron al nuevo dia para continuar su camino.

Despues de andar más de doce horas llegaron al pié de una montaña que debia estar muy lejos del mar, y no teniendo que comer mataron con los arcabuces algunos pájaros y los asaron en una hoguera que hicieron, disponiéndose enseguida á desandar el camino andado para tomar otro rumbo.

Al final de aquel dia se encontraron en la orilla de un rio y pareciéndoles que aún estaban lejos del mar, aguardaron á que amaneciera.

Vadearon el rio, y por medio de espesos zarzales llegaron hasta una montaña.

Algunos de los espertos marineros subieron á la cumbre para ver si desde allí descubrian el mar.

Las tentativas fueron infructuosas.

Se encontraron perdidos de nuevo en medio de las selvas, y aguardaron á la noche para subir á los árboles y ver si consultando las estrellas, hallaban el rumbo que deseaban.

Todos sus esfuerzos fueron inútiles.

El hambre, la sed, el cansancio, el temor de que hubieran partido las embarcaciones y de verse condenados á vivir entre caribes ó á morir en sus manos, les consternó de tal manera que cayeron exánimes, disponiéndose á morir sin buscar ya remedio á sus males.

Al dia siguiente hallaron á dos esclavos de los que estaban libres por efecto de haber huido sus amos, y dejándose guiar por ellos, cuando ménos

lo esperaban se encontraron á la orilla del mar.

Pero no descubrieron las embarcaciones.

Los indios les animaban á seguir adelante.

Hiciéronlo así, y despues de andar como una media hora, vieron con indecible satisfaccion que la escuadra estaba anclada todavía.

Colon comprendió que la novedad y la belleza de los paisajes, el deseo de lucro y otras circunstancias análogas serian causa de que desobedecieran sus órdenes los emisarios que habia enviado á explorar las islas, y para castigarles no encontró el almirante mejor medio que arrestar al capitán que le habia desobedecido, y quitar parte de la ración á los marineros que le habian acompañado.

Este castigo no les pareció gran cosa despues del peligro á que habian estado expuestos; pero fué, sin embargo, causa de que en lo sucesivo no ocurrieran desgracias como aquella.

El día 10 de Noviembre resonó el cañonazo de leva y Colon navegó por la costa de Guadalupe hácia el N. O., creyendo que de aquel modo no tardaria en llegar á la isla Española.

Las indias que llevaba á bordo le habian indicado que hácia el Sur habia otras islas, dándole además á entender que el continente se extendia tambien por allí.

Pero era tal el deseo que tenia de llegar al puerto de la Navidad, que renunció á nuevos descubrimientos.

Estas islas del Archipiélago que visitaba recibie-

ron el nombre de Monserrate, Santa María de la Redonda, Santa María de la Antigua y San Martín.

Despues de cuatro dias de bonanza, se levantó el temporal, y la escuadra se refugió en una isla llamada por los indios Ayay, á la que dió Colon el nombre de Santa Cruz.

Por orden suya fué un bote á tierra con veinticinco hombres, y estos descubrieron cosas muy parecidas á las que habian dejado en la Guadalupe.

Tambien oyeron á sus moradores, que sólo se acercaron á ellos implorando su amparo.

Los cautivos que habia tambien en aquella isla eran victimas de los caribes.

Deseosos estaban algunos de hallarse frente á frente de aquellos hombres que tan amedrentados tenian á los prisioneros, y al fin y al cabo lograron su deseo.

Mientras estaban en tierra los veinticinco hombres llegó una canoa con dos mujeres y varios indios que al parecer volvian de un largo viaje, sin esperar la sorpresa que iban á tener.

Pero de pronto se hallaron en frente de la escuadra de Colon, y en vez de intimidarse ante aquellas embarcaciones formidables, se detuvieron y permanecieron algun tiempo contemplándoles con curiosidad.

Los veinticinco hombres, que volvian de tierra, tuvieron tiempo de acercarse á ellos sin ser vistos.

Pero al verlos tan cerca, comenzaron á remar para huir de los que iban en el bote.

Estos, de *motu proprio* y queriendo apresarlos, comenzaron á bogar con el propósito de colocar á los indios entre la escuadra y la orilla.

Viendo los indios que les cortaban la retirada, empuñaron sus arcos y sus flechas, y con mirada amenazadora se volvieron hácia sus enemigos.

Las mujeres, que iban también armadas, permanecieron en la playa.

Una de ellas era tratada con el mayor respeto por los demás, y parecía su reina y su cacique.

Un historiador de la época, Pedro Martir, dice que aquella mujer iba en compañía de su hijo, jóven de horrible aspecto, de sombío entrecejo y mirada de tigre.

La lucha comenzó instantáneamente.

Los indios dispararon sus flechas y aunque los españoles se cubrieron con las rodela para defenderse, quedaron dos heridos, y la flecha de una de las mujeres atravesó un escudo.

No tenían sus arcabuces á mano los españoles y temerosos de que las flechas estuviesen envenenadas, para decidir la contienda, resolvieron remar con fuerza y caer de improviso sobre la canoa á fin de sumergirla.

Al choque la volcaron.

Pero los indios, grandes nadadores, continuaron peleando sobre el agua, otros se guarecieron en las rocas de la playa y no cesaron de luchar.

Aquellos hombres tenían largo y cerdoso cabello. Sus ojos, iluminados por un resplandor siniestro,

estaban en su contorno adornados con rayas de colores muy vivos.

Sus brazos y las piernas estaban medio cubiertos con bandas de algodón tejido, pero dejaban al aire libre las partes musculares para que adquiriesen turgencia, uno de los caracteres de la belleza que más apreciaban.

El hijo de la reina, que iba con ella en la canoa, fué traspasado por un bote de lanza.

Otros varios indios sucumbieron y entre los españoles hubo heridos, pero solo uno murió á consecuencia de un flechazo ponzoñoso.

Apresados algunos de ellos, fueron conducidos al navío almirante.

Después de aquella pérdida, que sintió en extremo Colon, continuó su viaje y descubrió muchas islas cubiertas de esplendorosas selvas algunas, pero las otras yermas y pobladas de escabrosas montañas.

Al ver que algunas de ellas tenían rocas de un azul muy brillante y otras de una blancura resplandeciente, el gran soñador, el gran hombre, supuso que encerraban en sus entrañas minas de ricos metales y de piedras preciosas.

De buena gana las hubiera visitado y explorado.

Pero como estaban tan cerca unas de otras y el mar se rompía en los estrechos canales que las separaban no podían pasar por aquellos sitios las grandes embarcaciones, y quedándose en alta mar envió una carabela para reconocerlas.

Cuando volvieron los exploradores le dijeron que

habian encontrado más de cincuenta y que todas ellas estaban desiertas.

Colon puso á la mayor el nombre de Santa Ursula, y bautizó á las otras con el nombre de las Once Mil Vírgenes.

A la caída de la tarde se detuvo en una gran isla rodeada de abrigados y seguros puertos, y ostentando á los ojos de los navegantes florestas y paisajes riquísimos.

Los indios que llevaba á bordo le dijeron que aquella isla la llamaban Boriquen.

Colon la bautizó con el nombre de San Juan Bautista.

Hoy se llama Puerto-Rico.

Capitulo XLII

Puerto-Rico.

Inmensa fué la alegría de los cautivos que Colon y los suyos habian arrebatado de las manos de los caribes.

Sobre cubierta, al distinguir aquellas fértiles campiñas, la alegría se pintaba en sus ojos.

Saltaban y brincaban en torno de sus salvadores y les incitaban á que fueran allí, dándoles á entender que aquella era su patria, que era fértil y populosa y que mandaba un solo cacique.

Añadieron que sus habitantes, pacíficos por naturaleza, habian tenido que armarse para defenderse de los caníbales, sus implacables enemigos, usando clavas y flechas.

Colon, que tenia vivos deseos de arribar cuanto